

# *Vidyā*

*Otoño 2017*



## SUMARIO

La iniciación y la profesión (II)

Anacoresis Práctica

Unidad de Grupo

Armonía y Felicidad

Periódico trimestral: Año VII, N° 27 - Otoño 2017  
Expedición previa suscripción gratuita.  
Dirección y Redacción: Āśram Vidyā España, Madrid.  
Correo electrónico: [vidya@asramvidya.es](mailto:vidya@asramvidya.es)  
© Vidyā. Roma

### **Publicación no comercial**

---

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial en ningún tipo de medio físico o virtual sin previo consentimiento expreso por escrito por parte del editor.

## LA INICIACIÓN Y LAS PROFESIONES<sup>1</sup>

Las artes, las ciencias y las profesiones derivan, a través de las diferenciaciones y adaptaciones múltiples –pero secundarias-, del “estado primordial”, el cual las contiene a todas en principio. Por esta razón, están ligadas a otros órdenes de existencia más allá de la propia humanidad, aspecto necesario para poder concurrir de modo efectivo, cada uno a su nivel y en su medida, a la realización del plan del Gran Arquitecto del Universo<sup>2</sup>.

Contrariamente a lo que piensan los modernos, cualquier trabajo que se pueda llevar a cabo sólo por el placer de actuar o por la necesidad de “ganarse la vida” no es en absoluto merecedor de ser exaltado. Puede más bien ser considerado como una cosa anormal, opuesta al orden que debería regir las instituciones humanas, según las cuales,

---

<sup>1</sup> Continúa del Periódico *Vidyā* de marzo de 2017. Texto libremente extraído de los escritos de Rene Guénon, en particular de *El reino de la cantidad y el signo de los tiempos*. Adelphi.

<sup>2</sup> Cfr. Platón, *Timeo*. Bent Parodi afirma: “La idea del Gran Arquitecto es de matriz filosófica, reflejada en cierta medida en la figura del Demiurgo diseñada en el *Timeo* de Platón, pero tiene un ascendente más remoto, por ejemplo, en una de las grandes divinidades del Antiguo Egipto, Ptah, el Demiurgo de Menfis, cuyo gran sacerdote era denominado el Gran Señor de los artesanos”. Véase “La Tradición solar en el Antiguo Egipto”, Colección *Vidyā*, Associazione Ecoculturale Parmenides Roma.

en las condiciones de nuestra época, llega a asumir, sin exagerar, el carácter de “infrahumano”.

Un trabajo no tiene valor alguno excepto cuando está en conformidad con la misma naturaleza del ser que lo desempeña, excepto cuando resulta verdaderamente espontáneo y necesario a tal naturaleza y puede ser el medio que ésta utiliza para que se realice lo más perfectamente posible. Ésta, en definitiva, es la verdadera noción propia del *svadharma*<sup>1</sup>, en la que se basa la institución de los órdenes sociales.

Pero hay otra cosa en que es necesario insistir, sobre todo desde el punto de vista iniciático: es, de hecho, este último punto de vista el que otorga al trabajo, considerado desde la perspectiva tradicional, su sentido más profundo y su alcance máximo y, más allá de la consideración de la naturaleza humana, lo conecta con el orden cósmico mismo, es decir con los principios universales. Para entender esto, uno puede empezar desde la definición del arte como “imitación de la naturaleza en su modo de operar”, es decir, de la naturaleza como una causa (*natura naturans*). Desde el punto de vista tradicional, de hecho, no hay distinción entre arte y profesión u oficio, así como tampoco hay artista ni artesano: por esta única razón, y con el mismo derecho, todo lo que se produce “conforme al orden” merece ser considerado como una obra de arte.

Todas las Tradiciones insisten en la analogía entre los artesanos humanos y el Artesano divino, ya que tanto aquellos como Éste están operando “mediante un verbo concebido

---

<sup>1</sup> El “*dharma* propio” de un ser. Cfr. *Glossario Sanscrito*.

en el intelecto”. Esto, dicho a modo de inciso, hace posible la función de la *contemplación* como condición previa y necesaria para la producción de cualquier obra de arte<sup>1</sup>. Aquí también encontramos una diferencia esencial con la concepción común del trabajo, según la cual, como decíamos al principio, lo reduce a una simple acción con la pretensión de oponerla a la contemplación. De acuerdo con los *Veda-Upaniṣad*, “debemos construir como lo hicieron los *Deva* al principio”, lo cual, extendido naturalmente al ejercicio de todos los oficios o profesiones dignos de este nombre, implica que el trabajo tiene un carácter verdaderamente ritualístico, así como debe tenerlo todo en una civilización totalmente tradicional. Y no sólo puede decirse que es este carácter ritual el que asegura la “conformidad con el orden” mencionado anteriormente, sino incluso que es todo uno con tal conformidad.

Cuando, en su dominio particular, el artesano humano imita de esta manera la obra del Artesano divino, éste participa en la obra misma en la medida correspondiente y de un modo mucho más eficaz, según sea la conciencia de esta cooperación. Cuanto más realice la virtualidad de la propia naturaleza mediante su trabajo, más crecerá su semejanza –y en la misma medida– con el Artesano divino; y más se integrarán sus obras en la armonía del cosmos.

El trabajo es “glorificado”, y por tanto transformado, cuando, en lugar de ser una simple actividad profana, constituye una colaboración consciente y efectiva con la realización del plan del Gran Arquitecto del Universo.

---

<sup>1</sup> Cfr. Plotino, *Enéadas*, III. 8. 1-6. Bompiani.

## ANACORESIS PRÁCTICA

Entre hacer (movimiento) y no-hacer (estasis) existe una *vía media* que se corresponde con el auténtico “actuar” contemplativo.

Mucho ha sido dicho y escrito acerca de ellos, pero poco se ha comprendido y, aún menos, experimentado. Por ello, más allá de todas las superposiciones conceptuales, de las teorías, y basándonos en la experiencia directa, es nuestra intención reconducir todo, en este escrito, a la sencillez y presentar al anacoreta tal y como él es, en su vida práctica de *relación* y de *acción*.

Ciertamente, oír hablar en estos términos del contemplativo, del solitario *samnyāsin*, podrá sonar extraño a los oídos de la mayoría.

El estadio de vida correspondiente al estado de conciencia del *kṣatriya* está impulsado por la energías psicofísicas individuales y centrado en sus justas expresiones. Se corresponde con el *joven* caballero, cuyo vigor y ardor impetuosos son por él recogidos y elevados al Divino. El objetivo del *kṣatriya* es cumplir la acción, de la cual no puede en modo alguno eximirse dada la fuerte carga energética que, de modo sacrificial e impersonal, posee hacia lo universal.

Por contra, en el estadio de vida correspondiente al estado de conciencia del *brāhmaṇa* se ha logrado un equilibrio de fuerzas, una armonía psicofísica, por lo que no

se está ya sujeto a la exteriorización, sino que se actúa sólo por el natural *sentido del Dharma*.

Allí donde el “joven” está necesitado y donde debe encontrar una justa modalidad expresiva, el “anciano”, en cambio, habiendo ya aquietado todo impulso (y de ahí el silencio psicofísico, la soledad), expresa en la acción sólo su sabiduría. Así, la acción del *samnyāsin* deja de ser acción y se convierte en *contemplación*.

Si el primero se encuentra con el problema de “cómo actuar”, en el otro todos los problemas han sido resueltos, incluido éste.

El primero aprende a amar gracias a la acción, el otro desvela el amor en la acción; es amor.

El primero se relaciona constantemente con el Arquetipo, el otro se encuentra en identidad con éste.

El primero hace la voluntad de su Padre, mientras que el otro y el Padre son uno.

Pero ocupémonos del aspirante a *samnyāsin*, del todavía *kṣatriya*; recorramos con él los primeros pasos en la vía de la anacoresis.

Dejando de lado el caso límite, y sobre todo simbólico, de aquel que, cumplidos los deberes familiares y sociales, abandonaba todo proceso y, en absoluta pobreza, se dirigía al bosque para dedicarse a la vida contemplativa, el estado de conciencia del anacoreta se realiza, en la práctica, en el interior de una comunidad, religiosa o laica, bajo la guía de un Instructor. Puede tratarse de un convento, en el primer caso, o de una comunidad filosófica (academia) en el segundo, pero se trata, en todo caso, de un lugar de formación o, más exactamente, de transformación *conciencial*.

Si la acción, en su más alta expresión, es contemplación pura, y por tanto basada en el silencio psíquico, es natural que el aspirante deba aprender en primer lugar a armonizar su propio complejo energético, a no crear inarmonías, descompensaciones a algún nivel, que puedan repercutir negativamente en la *sādhana*, por tanto, en la vigilancia, en el discernimiento, en la unidad de propósito. Todo debe ser hecho con extremada inteligencia, de otra manera se incurre en el conflicto en lugar de en la paz (silencio), en las “tentaciones”, como le sucedió a Jesús en el desierto después de un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches<sup>1</sup>.

La vida del aspirante está hecha de acción y de meditación, del *ora et labora* equilibrados entre ellos. Está fundamentada en la justa relación: con la propia acción, con la vida que lo circunda, con las propias energías. No se puede aún pretender de él que “actúe contemplando”, es decir, permaneciendo constantemente establecido en *Eso*, pero se le puede exigir, en su lugar, una extremada *atención* a lo que hace, atención que se manifiesta como extremado cuidado, por tanto, como amor; por tanto, como justa relación.

Si contemplación es atención en su más alto grado, el aspirante debe, antes que nada, aprender a estar atento, concentrado. Tengamos presente que contemplación es abstracción, no distracción.

Un gran místico, San Juan de la Cruz<sup>2</sup>, ante las numerosas dificultades prácticas que se le presentan al aspirante en su relación con la propia ascesis, sugiere que

---

<sup>1</sup> Véase *Mateo*: IV, 1, 3.

<sup>2</sup> Cautelas, *Obras de San Juan de la Cruz*.



viva en comunidad como si no existiese nadie más. Que ame sin preferencias. Que rechace todo tipo de posesión. Que no se entrometa con el pensamiento y menos aún con la palabra en lo que ocurra a su alrededor, ni juzgue o condene lo que vea o sienta, sino que conserve el alma *desapegada* de todo esto y *recogida* en sí misma, protegiendo así su propia “soledad”. Que no se mueva nunca para hacer cosa alguna, por buena que pueda parecer, tanto para sí como para otra persona, sin la observancia de la obediencia. Que no mire nunca al propio Prelado como algo inferior al Dios que lo ha puesto en ese lugar, de lo contrario, llegará a convertir la obediencia divina en humana, moviéndose a actuar, o no, por motivos visibles que se vislumbran en él y no por el Invisible que se sirve de él.

Que se humille en las palabras y en las obras, alegrándose del bien de los demás como si fuese el propio y buscando *sinceramente* que, en todo, estos sean preferidos antes que él.

Que piense que todos aquellos con los que se convive en comunidad son otros tantos medios que Dios ha puesto únicamente para afinarnos y perfeccionarnos en la *mortificación*. Conviene, por tanto, soportar todo con paciencia interior, callando por amor a Dios, persuadidos de haber llegado a la comunidad sólo para ser “trabajados” y, así, convertidos en dignos del Cielo.

Que venza la repulsión hacia las cosas desagradables, no dejando de cumplir con las obras por falta de gusto o por el placer que se podría encontrar en ellas. Que no huya del amargor que puedan contener, sino que trate incluso de abrazar todo cuanto resulte penoso y repugnante porque, de

otro modo, no se perderá el amor propio ni se alcanzará el amor de Dios.

Y, en este punto, sólo queda un... epitafio, dirían algunos. Pero es el único acceso a la *contemplación*, **la única verdadera iniciación**.

El “joven príncipe” que se prepara a convertirse en “rey” debe convertirse en alguien digno de tal investidura. La nobleza del *samnyāsin*, la dignidad regia de este “gigante solitario”, está fundamentada sobre todo en él, en la Justa Relación –que es Acorde, Armonía, Amor en acto– conquistado con la mortificación de la propia individualidad.

## UNIDAD DE GRUPO

En otra ocasión ya intentamos describir qué es un Grupo iniciático, cómo debe comportarse cada componente de dicho grupo, cómo ha de relacionarse cada cual con los otros componentes del grupo. En un grupo iniciático debe comportarse uno, ante todo, con compostura y seriedad de propósito; por lo que respecta a la relación entre sus componentes, éstos deben haber superado todo tipo de expectativa que conlleve crítica, enfrentamiento, intolerancia, ausencia de comprensión y, naturalmente, presunción. Quien espera algo del otro sólo está buscando algún tipo de compensación, lo que demuestra su debilidad, o bien, es un presumido y en consecuencia siempre critica. Un grupo iniciático se mantiene unido no por necesidades emotivas o afectivas, sino por un único propósito que es el mismo para todos. Los componentes del grupo se reúnen y se encuentran para hablar, únicamente, de las “cosas del Padre”.

Los que forman parte de un grupo iniciático no ven al otro como a un antagonista o como a quien ofrece o debe ofrecer satisfacciones para las propias exigencias individuales, sino que se ve a sí mismo en el otro; se refleja a sí mismo en la aspiración del otro hacia la trascendencia, asume la misma

Visión de lo Divino y se une a él en su esfuerzo y en la tarea de acercarse cada vez más al Supremo.

En un grupo iniciático todos sus miembros deben proceder unidos, incluso si algún miembro está ocupado en curar sus propias heridas, y hay que esforzarse en no convertirse en causa de heridas para los demás. Esto es, cada componente opera conscientemente para evitar la estancación o algún impedimento al libre flujo de energías, evocándolas desde lo Alto y haciéndolas fluir también en sentido horizontal, ayudando así a los hermanos y compartiendo con ellos el regocijo de saber que están unidos en esta tarea extraordinaria.

Además, cuando todos los que participan en un grupo tienen el mismo *dharma* de orden tradicional no pueden, en absoluto, permitirse el lujo de acceder a problemáticas meramente personales. Si hemos decidido adherirnos a un *dharma* no podemos pensar que estamos operando a solas; si los “otros” son útiles al *dharma* y lo están llevando a cabo, por amor al *dharma* hemos de integrarlos.

Los componentes del grupo deben haber llevado a cabo buena parte de la purificación de sus vehículos y de los *guna* que la Doctrina requiere; purificación que ha de haberlos llevado a conocerse profundamente a sí mismos, a reconocer los propios puntos débiles y a no permitir que éstos se involucren en sus relaciones, especialmente aquella inherente al *dharma*.

Un grupo dedicado a un *dharma* ha de tener un gran sentido de responsabilidad cual fundamento mismo de la existencia del grupo. Responsabilidad hacia los Maestros, que nos regalan la Belleza de la Enseñanza, lo cual comporta también convertirnos en receptores y transmisores de esta

última a fin de que sus sublimes palabras puedan llegar a los demás. Responsabilidad hacia los hermanos, que tenemos que respetar en su función inherente al *dharma* común. Responsabilidad hacia sí mismos: en esta encarnación hemos tenido la gran oportunidad de encontrar un auténtico Hermano Mayor que nos ha ofrecido la Enseñanza definitiva, la final; final, porque el Absoluto que nos presenta el *Advaita* no puede sino ser la meta última que todos buscamos y anhelamos.

La Visión-doctrina habla de la Belleza de un *dharma* tradicional, belleza que no puede resultar contaminada o degradada por mezquinas y bajas cualificaciones pertenecientes a la inquietud del “yo”. Por amor a esta Belleza, todas las imperfecciones han de ser dejadas de lado; es como dejar los propios zapatos fuera del Templo; los zapatos son nuestras imperfecciones y el Templo representa el lugar donde nos reunimos para hablar de las “cosas del Padre”. Esto es posible tan sólo si nos preparamos en el fuero interno más profundo de nuestro corazón, y esto significa que debemos trabajar siguiendo nuestra *sadhana* constante y decididamente. Para poder ofrecer energías positivas a los demás, para ofrecer a la Tradición la compostura de los propios vehículos y convertirnos en un canal de la Enseñanza, debemos primero cumplir una labor de autorrealización.

Todos estamos ocupados en anclar y transmitir una Enseñanza que, como dijimos, constituye la meta última de todo ente y de toda expresión de vida. Puede que jamás hayamos reflexionado sobre las bajezas que cometemos, que lo único que hacen es alejarnos de la meta y retrasar indudable

e inexorablemente la toma de consciencia de aquello que la Enseñanza nos plantea y requiere a un discípulo.

La humanidad sufre porque vive en la oscuridad y en la ignorancia; nosotros, en cambio, lo tenemos todo. Pero ¿nosotros qué hacemos? Estamos traicionándonos a nosotros mismos ilusionándonos con palabras sin ser capaces de concretarlas en un acto de realización. Nos ha sido otorgado el mayor don que un ser humano puede recibir: el de saber quiénes somos, de dónde venimos, por qué estamos aquí y hacia dónde vamos. Hemos de ser capaces de fructificar regocijada y conscientemente este maravilloso don y así poder ofrecer a los otros “lo que en don hemos recibido”.

Reiteramos estas palabras porque tomar total y seguramente consciencia de ellas nos podría cambiar por completo la visión de lo que estamos haciendo.

Nuestra autorrealización nos debe permitir vivir en un grupo llevando a cabo un *dharma* que es luz que disuelve las tinieblas de este oscuro periodo que estamos viviendo. Tomar auténtica consciencia de esta tarea significa despertar en uno mismo la responsabilidad que tenemos adormecida, responsabilidad que podremos definir como responsabilidad ética. Recordemos que, si bien modestos, somos los canales de una Enseñanza que en la actualidad ha sido olvidada y que, en consecuencia, debemos activar para que tal Enseñanza vuelva a la luz. Para que esto se pueda realizar necesitamos de una nueva fuerza y esto sólo el Amor puede lograrlo.

Tal y como nos decía el Maestro la otra vez, somos discípulos muy diligentes y dispuestos, pero sólo en el nivel mental; nos falta el Fuego del Amor, la fuerza unitiva de la

*bhakti*, la cual muere a toda imperfección por su Amado y se abandona por completo a su Maestro.

Tenemos mucha cultura, tenemos buena voluntad, hemos renunciado a muchas cosas por la realización, llevamos bastante tiempo dedicándole buena parte de nuestras energías; ¿por qué, entonces, no logramos ir más allá del mero conocimiento intelectual de la Doctrina? ¿Por qué no logramos encarnarla? Es porque se ha corrido el velo del *tamas* ante nuestra *sadhana*; actuamos sin el correspondiente fuego, por pura costumbre; repetimos nuestras técnicas sin la convicción profunda de lo que estamos haciendo.

Podríamos hasta decir que operamos sin la debida fe, nos falta la fuerza de arrastre que nos lleva directamente hacia la Visión. En pocas palabras, nos falta la fuerza del Amor. El Amor es la fuerza que puede despertar en nosotros el interés por la realización y la que nos permite considerar de una forma nueva las diferentes técnicas.

Cuando practicamos la meditación o las propias técnicas meditativas, nos situamos exteriormente, como si existiera una guía exterior que dirige las varias fases de la meditación; por el contrario, lo que debería servirnos de guía es la consciencia-conciencia, esto es, debería actuar ésta como un faro insertado en la semilla de meditación o de la técnica y operar desde lo interior; el operador y la semilla de meditación han de convertirse en un todo uno. Debemos *ser* esa semilla de meditación, no simplemente imaginarla: si invocamos comprensión e inclusión, éstas

no han de representar meros conceptos, sino que debemos *convertirnos* en esa comprensión y en esa inclusión.

Queremos hablar, entonces, de dicha fuerza, que debemos saber cómo evocar y que mora en uno mismo pero que, aunque algunas veces la hayamos expresado, todavía no ha tomado, sin embargo, la justa dirección, que es la de amar a la Enseñanza y al *dharma*. El amor podría ser la respuesta a todas nuestras dudas y conflictos. Cuando se ama, el fuego del amor incinera por completo las imperfecciones y sólo resta el regocijo de la acción. El amor es un camino que nos lleva directamente a lo Divino; con el amor y en el amor no encontraremos cruces que nos alejen de nuestra meta.

El amor es entusiasmo; quien ama no conoce cansancio o indecisión, está dispuesto a prestar su ayuda y, sobre todo, irradia positividad a todo su entorno.

El amor nos hace crecer porque es un auténtico sol: quien es capaz de acercarse a él con la justa y equilibrada posición recibe esa luz y ese calor que alimentan el alma necesitada.

El amor es silencio y paz porque el amor no necesita extraversión; el amor se basta a sí mismo. El amor es riqueza porque quien ama no retiene nada y vive en la abundancia y en la plenitud de quien está satisfecho y no busca nada.

El amor es una comunión con lo manifiesto. Quien ama lo incluye todo y está en sintonía con toda criatura.

El amor es sabiduría, porque, quien ama, sabe y no confunde la realidad de su propio estado concienical de este momento con aquello que él proyecta y le gustaría ser.

El amor es Belleza, porque quien ama vibra armonía, comedimiento, justa tonalidad. Quien ama es bello porque está en armonía con lo Bello universal. Quien ama no está



molesto, porque de ninguna manera puede enfrentarse con la perfección geométrica de toda expresión particular de la manifestación.

El amor es una nota del Ser principal, porque corresponde a la fuerza creativa por excelencia.

El amor es una fuerza radiante que abarca el espacio infinito donando perfección a todo particular y también al conjunto.

Como dice el poeta Dante: «El amor es esa fuerza que mueve el sol, los planetas y todas las estrellas».

Meditemos sobre el amor, sobre esa fuerza que mora en cada cual; evoquemos el amor para donar impulso y regocijo a lo que estamos haciendo: tanto si trabajamos por nuestra realización como si contribuimos a mantener la armonía en el mundo de los hombres.

Tras toda acción cumplida por lo dioses se oculta el amor; intentemos asemejarnos a ellos y dejémonos guiar por esta luz y calor que es el Fuego del amor. En la actualidad puede que todavía estemos “tibios”, precisamente porque todavía no conocemos el amor y vivimos sin ese fuego. La ausencia en nosotros de dicha energía solar es, precisamente, lo que nos hace vivir en el error, en la confusión y en la ilusión.

Estamos convencidos –porque tenemos el conocimiento mental de ello– de que estamos operando el debido desasimiento entre el observador y lo observado; estamos

convencidos de que somos conciencia observante ante los variados acontecimientos de la vida. Pero es pura ilusión, es la mente la que nos hace creer que estamos en la justa posición.

De ser así ya hubiésemos resuelto muchísimas imperfecciones y ya seríamos menos reactivos y críticos. No somos capaces de comprender a los otros, sus motivos, sus necesidades, sus comportamientos; tras una comprensión puramente ficticia mostramos oposición y crítica que a menudo ni siquiera notamos y lo removemos por vergüenza, o bien buscamos justificaciones a estos reconocimientos, cuando los hay. No somos capaces de interpretar con ecuanimidad lo que sucede en nuestro entorno; nos evadimos de lo que nuestra mente define como doloroso o feo porque buscamos satisfacciones que, además, jamás llegarán.

Hemos de aprender, en cambio, a amar a todo y a todos, sin clasificaciones o distinciones. Toda la creación manifiesta belleza y armonía, porque cada cosa tiene su justo valor y es necesaria; tal y como dice el Maestro, “cada cosa se encuentra en su justo lugar”. Cada cosa representa lo particular de un gran marco y, en cuanto tal, tiene su función en el ámbito de ese conjunto, de la totalidad.

Así es como debemos aprender a afrontar los particulares y aparentemente “personales” eventos que nos acontecen. Esto lo puede hacer sólo la fuerza del amor. El amor no es “moralidad”, como nos enseñaron en nuestra lejana infancia, sino que es una posición irreversible e incontrolable: el auténtico amor no puede no incluir todo, no puede no acoger en sí también lo que es diferente.

El amor no puede no “comprender”, porque es donación pura. El amor es un aspecto de lo Divino; hemos de medirnos con esta cualidad y darnos cuenta de lo poco que lo expresamos. La realización, sin embargo, conlleva vivenciar las cualidades divinas.

No se trata de sentir entusiasmo o simpatía por alguien, por algún reino de la naturaleza o por algún particular objeto, sino de estar siempre presentes e irradiar este fuego que incinera y eleva, observa e incluye, sabe y comprende. Todo ello no sólo de boquilla o siguiendo la emoción del momento, sino real y constantemente. Hemos de expresar amor no solamente por esas personas que nos gustan, sino también por las formas menos “agradables” de la manifestación.

El amor expresado debería volvernos ricos y bienaventurados; no es difícil controlar si estamos expresando amor, emoción o sentimentalismo, porque estos últimos fuegos crean inquietud y expectativas, acaban dejándonos pobres y exhaustos y, sobre todo, este tipo de fuego se debilita inmediatamente y desaparece. El fuego del verdadero Amor, por el contrario, jamás se consume porque es eterno.

Volvamos a nuestra realización, pero hagámoslo con amor. Por un acto de amor dejemos de lado lo que creemos saber; no es suficiente con hablar de la Doctrina, con explicar a los demás lo que creemos haber entendido y sentirnos tranquilos y seguros de algo que hemos hecho. Por el contrario, pongamos en duda todo lo que creemos saber; volvamos a nuestros libros con un fuego nuevo y planteémonos con humildad si lo que hemos entendido a nivel mental lo estamos vivenciando en nuestra vida diaria.

Puede que la respuesta sea no; no importa, lo importante es la sincera honradez de esta respuesta.

Nosotros queremos la auténtica realización, no una ilusión, por tanto, volvamos a ponerlo todo en duda, volvamos a estudiar, volvamos con el entusiasmo del primer día que fuimos a la escuela. Hemos de amar la Enseñanza y hemos de amar también nuestro trabajo de discípulos, ocupándonos de este *dharma* como lo haríamos con lo más precioso. Amémonos como auténticos hermanos en camino. Amemos a los otros porque son almas que sufren y para las que podemos representar una ayuda. Tendamos un puente y volvámonos disponibles a todo y a todos, no ya para satisfacer expectativas o carencias afectivas, sino porque no puede sino ser así siendo el amor, como es, disponibilidad.

Cuando deseamos, en realidad estamos buscando apropiarnos de algo; cuando se ama, lo que se ama ya está incorporado en el ente; el amor, al incluirlo todo, ya posee en sí lo que se desea.

Amar significa cumplir cada pequeño e insignificante acto cotidiano como si fuera lo más importante, pero otorgándole el justo lugar en el *dharma* y en la *sadhana* del discípulo.

Sólo ama aquel que en el “segundo” logra percibir el “eterno sustrato” que es la auténtica realidad de todo ente manifiesto. Quien logra ver el “sustrato” percibe en las formas el juego del Señor, Uno y sin segundo, que se esconde en la multiplicidad. Cuando se desvela ese eterno “sustrato”, la multiplicidad nos sorprende y nos asombra.

Hemos empezado hablando de la unidad del Grupo, podemos finalizar diciendo que sólo la fuerza del Amor

puede hacer posible la unión, porque «el Amor es la vía unitiva por excelencia», tal y como nos indica el Maestro.

La otra vez propusimos evocar otro vértice del triángulo, esto es, el Amor. Dijimos que, puede que una cierta labor de armonización haya sido llevada a cabo, pero que si nos detenemos en esta esfera corremos el riesgo de rendirnos. En términos cabalistas, es como si consideráramos sólo el cuaternario inferior y no nos engancháramos a Tiphereth.

El Amor corresponde a esta *sephirah* y es este Amor el que nos hace salirnos de la individualidad y el que puede llevarnos al Padre: «Nadie va al Padre sino a través de mí».

Intentemos morir a la vieja modalidad de la *sadhana* que no nos ha dado frutos y abrámonos, resurgiendo, a esta nueva Fuerza que es el Amor.

## ARMONÍA Y FELICIDAD

El hombre piensa con anhelo en la armonía, ese estado de “bienestar” que de vez en cuando es experimentado y que se alterna con su opuesto. En la práctica, se trata de un estado sensorial que, de forma más precisa, podría asimilarse al concepto de felicidad. Para el individuo, ser armónico significa, entonces, ser feliz.

Pero dado que la armonía no es la felicidad, debemos convenir en que ella, no perteneciendo al plano individual, nunca podrá ser experimentada en este nivel. La armonía, de hecho, representa la síntesis de toda posible polaridad, «significa la virtual desaparición de los opuestos y el logro de un estado totalmente diferente e independiente de ellos».

La felicidad es un estado de electrización; sigue un movimiento parabólico, nace y muere. La Armonía, en cambio, es un estado neutro, sigue un “movimiento” rectilíneo constante, de manera tan imperceptible que parece un no-movimiento.

La felicidad es una cualidad individualizada, la Armonía es una cualidad universal, de hecho es *la* cualidad universal, porque en ese nivel los “colores” (distinciones) desaparecen.

La felicidad pertenece al tiempo, por lo tanto, es caduca; la Armonía está más allá del tiempo, por lo que es inmortal.

La felicidad es ruido, la Armonía es silencio que surge de la unidad.

La Unidad-síntesis, atribución de la Armonía, debe ser realizada tanto dentro, como fuera de nosotros.

Podemos desvelar un equilibrio-acuerdo-unidad de nuestro complejo psicofísico, como también un equilibrio-acuerdo-unidad con la Vida universal trascendiendo el yo, por tanto, la dualidad sujeto-objeto.

La desaparición *virtual* de los opuestos significa su desaparición del estado subjetivo, es decir, significa que la dualidad, aunque continúa existiendo en el plano de la forma, es resuelta *conciencialmente* en la unidad.

Podemos representarnos geoméricamente la dualidad como los dos puntos extremos de la base de un triángulo que se reintegran en el punto del vértice (unidad), totalmente diferente e independiente de ellos. En la base experimentamos la felicidad, en el vértice, Armonía.

La Armonía es la expresión de un estado de conciencia que en la *Qabbālāh* corresponde a Tiphereth. Un estado de este tipo implica haber trascendido el cuaternario inferior (estado individualizado), que se rige por la ley gravitacional de los opuestos, de la atracción-repulsión, por lo imponderable, lo impersonal, donde el “yo” y el “tú” desaparecen.

Tiphereth representa el corazón del árbol sephirótico, el Cristo cósmico, el sol central que todo lo ilumina: buenos y malos, justos e injustos. Por tanto, Ecuanimidad. Y no podría ser de otra manera<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Cfr. de Raphael, *La Vía del Fuego según la Qabbālāh*. Próxima edición por Āśram Vidyā España.

Resolver el dualismo, o más bien su causa, significa resolver el problema principal de la existencia empírica: la *avidyā*.

En el nivel del plano formal, las formas son, a todos los niveles, la causa de la dualidad. Las formas son estos encantamientos de los que no es fácil sustraerse, esta magia tan persuasiva que nos hace olvidar la realidad.

El yo necesita de un “segundo” para experimentar la felicidad: un cuerpo-forma, por tanto, tosco y sutil. Y necesita identificarse con este cuerpo-forma para poderse electrizar positiva o negativamente.

Se trate de una electrización por contacto (físico) o por inducción (psíquico), todo se resuelve en un “sentir”, que está en la base de la misma individualidad.

El objetivo de la dualidad, de hecho, es lo placentero, la excitación-exaltación, el movimiento hacia arriba de la parábola hasta su punto más alto, para apenas haberlo alcanzado, recomenzar de nuevo la fase descendente.

Se sigue, por tanto, de un extremo a otro, un movimiento sinusoidal, que sólo terminará cuando la conciencia, cansada de este juego absurdo, lo quiera. Llegados a este punto es cuando se realiza la transición desde un sistema de coordenadas (dualidad) a otro diferente y totalmente independiente del anterior (síntesis).

El abandono de la atracción, y también de la repulsión, tiene como fundamento la desidentificación de la forma física –instrumento- y psíquica –causa-, siendo ésta más profunda y en la cual la primera encuentra su razón de ser.

En la práctica, es necesario eliminar los apoyos que el yo se ha construido para vivir, que son sus propias



proyecciones. Al abandonar las formas, que le hacen sentirse diferente y separado, cuando van desapareciendo las fronteras ideales que lo delimitan impidiéndole fluir hacia lo universal, el yo se disuelve lentamente como la muñeca de sal de la *Upaniṣad*<sup>1</sup> que se pierde como forma en el agua y se descubre existente, como esencia-sal, en el océano donde se ha expandido.

El tránsito desde la base hasta el vértice del triángulo presupone una ruptura de nivel, un “dejarse ir”, que es el resultado de una madurez concienzosa.

Llegada la hora de la determinación, el individuo comienza a desplazar la atención desde sí mismo hacia el mundo circundante. Comienza a ponerse aparte, comienza a concederse y a conceder. Experimenta, un poco cada vez, el regocijo de la donación: no exaltación (felicidad), sino pacificación (Armonía) que lo vuelve una digna composición.

La Armonía no se conquista con la fuerza del deseo, sino simple y naturalmente cuando nos desidentificamos del concepto del yo y de lo mío, por tanto, de la dualidad sujeto-objeto.

---

<sup>1</sup> *Bṛhadāraṇyaka Upaniṣad*, 4.5.13, Colección *Vidyā*. Associazione Ecoculturale Parmenides, Roma.

## RECOMENDACIONES EDITORIALES

*Tat Tvam, Asi. Eso eres tú.* Ráphael.  
188 páginas. Año 2007  
Āśram Vidyā España, Madrid.

### *Presentación*

El universo es vida en distintas dimensiones, en distintos sistemas de coordenadas y en su naturaleza el individuo engloba o sintetiza todos los distintos sistemas.

El hombre no es solamente un compuesto corporal y funcional, sino también pensamiento y espíritu, aunque estos términos resultan muy desgastados e imprecisos.

Que el universo se compone de distintas dimensiones lo ha reconocido la propia ciencia; también se está demostrando concretamente que el individuo posee algunas “facultades” extensibles a lo extracorpóreo. Por otra parte, considerar al ser como meras funciones, secreciones glandulares y excreciones nos parece un forzamiento irracional.

Querer reducir el ser a la ejecución única y exclusiva de acciones horizontales, es lo mismo que si redujésemos su totalidad misma, metalizando su conciencia e inteligencia dentro de un simple sistema de coordenadas.

Por lo general, el hombre se ha interesado por lo externo, por lo que reside en su exterior con la intención

de conquistar la naturaleza circundante y objetiva. Y ello no es malo en absoluto pero, diremos, sería más oportuno, incluso necesario que se ocupara también de su interior, que se comprendiera mejor a sí mismo, que su esfuerzo cognoscitivo no se limitara a observar sus glándulas, moléculas y tejidos, sino también su profundidad. Sería indicado, sin duda alguna, que cambiara de dirección y de método de investigación: pero, para los que aman lo verdadero y el conocimiento, los obstáculos no representan un impedimento, sino un aliciente, como ha ocurrido, por otra parte, con los obstáculos de orden objetivo.

Por el contrario, el Oriente yoguico, pero también el científico, se ha volcado dentro de sí mismo y ha intentado dominar la naturaleza no de los elementos exteriores, sino de los interiores.

Nosotros pensamos que si ambos métodos y ambas actitudes se unieran y se sintetizaran sus maneras de conducirse, podrían producirse resultados realmente sorprendentes.

Espíritu y materia podrían convivir en buena armonía, reconociéndose recíprocamente como polaridades susceptibles de ser resueltas en la Unidad del Ser.

La Realidad última mora en el corazón del ser, e ir en pos de ella en el exterior significa enajenarse la Realidad misma.

Este libro es el despliegue de una crisis psicológica, de una ascesis y de un reencuentro de sí mismo.

Todo ello bajo forma de diálogo, y un diálogo es el encuentro recíproco de dos corazones, es una osmosis de ondas que vibran sus propias experiencias, es donación de sí mismo, representa la vitalidad que nos hace crecer.

Un diálogo limitado en sí mismo no es un diálogo, sino desahogo emotivo, es habla, es hacer alarde de erudición.

En un auténtico diálogo no hay competición, no hay deseo ni descargo de tensiones.

Este diálogo realizador entre Ráphael y Antonio ha tenido lugar a lo largo de varios años y ha sido ajustado a fin de que fuera un libro completo, pero en realidad consistió en pausas, en meras consideraciones, en intervenciones, a veces amplias, de Antonio y en los silencios de Ráphael. No obstante, ambos comparten la misma intención: la de buscar y encontrar, la de dirigirse a su propia interioridad.

Es indicado poner de manifiesto que el libro no tiene un carácter de erudición; si el diálogo roza temas de filosofía *Vedānta* sólo es para señalar la Doctrina sobre la que ha de fundamentarse nuestra realización. A lo largo del texto se dan indicaciones al respecto.

Por otra parte, la particular mente de Antonio y la específica Doctrina *Vedānta* impusieron un diálogo a veces acosado sobre principios metafísicos y, aunque la temática ha sido mucho más extensa, se ha considerado oportuno recopilar la parte que podía ser más útil para el lector occidental.

Con los mejores deseos del Autor a las personas que lean este libro, para que busquen y encuentren la plenitud en

sí mismos y puedan otorgarla también a los demás, si éstos así lo desean.

## COLECCIÓN ĀŚRAM VIDYĀ ESPAÑA

- 1) *Más allá de la duda*, de Ráphael.
- 2) *Yogadarśana\**, de Patañjali.
- 3) *¿Qué Democracia? Referencias para un buen gobierno*, de Ráphael
- 4) *Tat Tvam Asi – Tú eres Eso*, de Ráphael.
- 5) *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael.
- 6) *Esencia y Finalidad del Yoga. Las vías iniciáticas a la trascendencia*, de Ráphael.
- 7) *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*, de Svāmi Siddheśvarānanda.
- 8) *Fuego de Ascesis*, de Ráphael.
- 9) *Más allá de la ilusión del yo. Síntesis de un proceso realizador*, de Ráphael.
- 10) *Fuego de despertar. Unidad en el Cambio*, de Ráphael.
- 11) *Bhagavadgītā. El Canto del Beato\**.
- 12) *Vivekacūḍāmaṇi\**, de Śaṅkara.
- 13) *Fuego de Filósofos*, de Ráphael
- 14) *En las Fuentes de la Vida*, de Ráphael.
- 15) *Drigsdriśyaviveka\**, atribuído a Śaṅkara.
- 16) *El Sendero de la No-dualidad (Advaitavāda)*, de Ráphael.

- 17) *Orfismo y Tradición Iniciática*, de Ráphael.
- 18) *Parménides*, de Ráphael.
- 19) *Uttaragītā, El Canto Sucesivo*, a cargo del Grupo Kevala.
- 20) *Obras Breves*, de Śaṅkara.
- 21) *Aparokṣānubhūti\**, de Śaṅkara.

Próximos títulos:

- *La Vía del Fuego según la Qabbālāh*, de Ráphael
- *Iniciación a la Filosofía de Platón*, de Ráphael.
- *Upaniṣad\**.
- *Glosario Sánscrito*.
- *Brahmasūtra\**, de Bādarāyaṇa.
- *Plotino - Con Antología Plotiniana*, de Giuseppe Faggin. Presentación de Ráphael

\* Traducidos del sánscrito y comentados por Ráphael.

*Vidyā* es un periódico cuyos artículos se relacionan con la *Philosophia perennis* o Metafísica tradicional y cuyo propósito es esencialmente *realizativo*.

La palabra sánscrita *vidyā* significa conocimiento, sabiduría, ciencia, y deriva de la raíz *vid* (de ahí *Veda*) que significa ver-saber. *Vidyā* está también asociada a la palabra *satya*, de la raíz *sat*: “ser”; por tanto, “conocer es ser”; esto representa el principio mismo de la Metafísica tradicional que es exclusivamente “Conocimiento de Identidad”.

Así, *sophía*, *gnosis*, en su acepción tradicional, significan Conocimiento-sabiduría y ésta es catártica, lleva a la *metánoia*, a una transformación profunda de la conciencia, es decir, a una modificación en el pensar, sentir y vivir. Bajo esta perspectiva, es necesario poner mucha atención porque hay una clara distinción entre Conocimiento y erudición.

Si *vidyā-gnosis-sophía* es puro conocimiento, entonces existe un solo Conocimiento, una sola Filosofía, una sola Metafísica, así como un solo Arte y una sola Literatura.

Los libros editados por Āśram Vidyā España (véase página anterior) pueden encontrarse en las librerías. No obstante, si, por cualquier causa, esto no fuera posible, pueden ser solicitados a:

E-mail: [vidya@asramvidya.es](mailto:vidya@asramvidya.es)